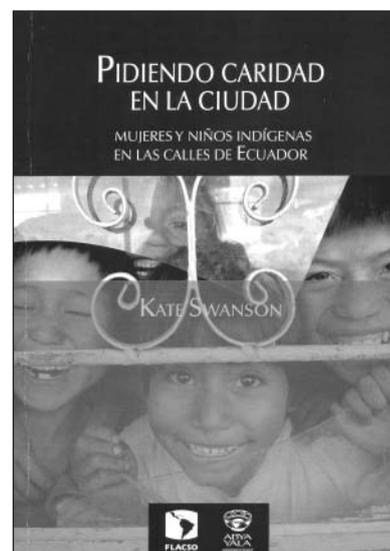


sociedad. También consigue interesantes entrevistas con blanco-mestizos que le proporcionan su punto de vista sobre las relaciones interétnicas. Esto le da un contrapunto interesante al texto, pues podemos ver la dominación racial y sus estrategias desde ambas posiciones. El hecho de que el autor sea europeo es analizado de forma auto-reflexiva. Esto le permite un mayor acceso a funcionarios escolares y diversos sujetos pues es visto como alguien de afuera, un *outsider*, en vez de un participante dentro del sistema racializado. Las autoridades y otros blanco-mestizos, lo ven como una persona a la que hay que explicar con detalle las relaciones interétnicas, lo que le da mayor riqueza a la información recogida.

Esta rica información empírica hace que sea fácil para el lector seguir los procesos de socialización que dan lugar a la conformación de la frontera étnica; aquellos que dan paso a la creación de espacios hostiles para los no blancos, con la finalidad consciente o inconsciente de excluirlos de los recursos y oportunidades existentes en la sociedad; observar la dificultad de las víctimas para resistir estos procesos pues son estigmatizadas como sensibles, violentas o rebeldes, lo que puede dar lugar, en algunos casos, a la expulsión del espacio de movilidad social deseado.

Quizás habría sido más conveniente presentar primero el material empírico y analizarlo luego con ayuda de los instrumentos teóricos. Al colocar la teoría antes del material empírico, en algunas secciones del libro, da la impresión de que el autor pudiera estar ajustando sus datos a los distintos marcos teóricos utilizados. Sin embargo, más allá de las críticas que se pueden hacer a todo trabajo, esta es una obra de gran utilidad social, oportunidad política, seriedad teórica y fortaleza metodológica. El libro está escrito con claridad y rigurosidad y con una preocupación sincera del autor por los procesos sociales estudiados.

Carmen Martínez Novo
Profesora-investigadora de FLACSO-Ecuador



Kate Swanson

Pidiendo Caridad en la Ciudad. Mujeres y niños indígenas en las calles del Ecuador
FLACSO - Sede Ecuador / Abya Yala,
Quito, 2010, 296 págs.

Kate Swanson en este trabajo hace un análisis de la migración de mujeres y niños indígenas, originarios de la comunidad de Calguasig en la Provincia de Tungurahua, a las principales ciudades del Ecuador, a partir de la década de los noventa. Identifica el aumento de esta migración con el creciente involucramiento de las áreas rurales en los procesos de modernización y globalización; así como con la construcción de la primera carretera próxima a la comunidad en 1992, que produjo un cambio, no solo espacial, sino también social en la vida de sus pobladores. Así, la migración a las grandes ciudades y la mendicidad en las calles son parte de cambios estructurales en la vida de la comunidad y resultan no solo una estrategia de sobrevivencia, sino que “viene a cruzarse con el consumo ostentoso, la obtención de reconocimiento social, la realización educativa y la tendencia a la inclusión en una cultura de consumo” (p. 18). Transformando a estos dos fenómenos (la migración y la mendicidad) en más que estrategias en formas de vida.

La autora define a la población de Calguasig, que migra a las ciudades, como mendigos indígenas y analiza las relaciones que se crean entre esta población y las instituciones que gobiernan la ciudad. De la misma manera, analiza las nociones hegemónicas sobre el tema de la infancia que se crean en los discursos de las instituciones que agencian el tema de la niñez, tales como UNICEF (Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia). Sin embargo, esta categorización como ‘mendigos’, lleva en sí misma un cierto sesgo sobre cómo se mira a esta población dentro del espacio urbano, un espacio que es entendido desde lo mestizo o ciudadano. De ahí, que una falencia de esta interpretación sea –aún cuando pretende recuperar las voces de los niños y politizarlos– ver su trabajo o estrategias de vida como formas de mendicidad lo cual vela las maneras en que estas familias recrean y resisten la ciudad como indígenas urbanos y no como mendigos.

Pese a las precarias condiciones de vida de los pobladores de Calguasig, hablando en un sentido material, Swanson hace notar que la gente no se ha empobrecido en las últimas décadas. De hecho, la construcción de la carretera ha permitido que la gente pueda tener un contacto mayor con las principales ciudades y pueda adquirir ciertas mercancías a las que, antes de integrarse a una lógica de mercado, no podían acceder. La ‘mendicidad’ para los calguasiguenses que han migrado se ha convertido en una estrategia para poder acceder a productos de consumo que no se produce dentro de la comunidad. Así por ejemplo uniformes y útiles escolares para que los niños asistan a la escuela o artículos que se vuelven codiciables en el contacto con la vida urbana como televisores, teléfono celulares, licuadoras, entre otros. Este tipo de artículos de alguna manera vienen a simbolizar un cierto estatus entre la gente de la comunidad.

A diferencia de otras comunidades indígenas de la Sierra ecuatoriana cuya migración atiende a ciertas temporadas, Navidad por ejemplo, el proceso migratorio de la comuni-

dad de Calguasig ha sido constante. Esto se debe a que la producción agrícola representa la única forma de subsistencia, aunque, cada vez, sea menos sustentable. Esto debido a la expansión de la frontera agrícola, la disminución de parcelas para el cultivo y la gran erosión del suelo. A esto se sumó, en los años noventa –período en que se desarrolló la investigación– los problemas económicos-estructurales como la dolarización y la inestabilidad política ocasionada por los constantes cambios de gobierno que se dieron en los años noventas.

Dentro de este contexto como marco de fondo, la autora trata de develar y comprender los mitos que giran en torno a los ‘mendigos indígenas’ en las calles de la ciudad de Quito, mencionando, de una manera comparativa, a la ciudad de Guayaquil, otra de las ciudades que atrae a gran cantidad de indígenas de la sierra sur del país. Su estudio se basa en las representaciones del lugar que ocupa esta población dentro de la vida de la ciudad, la identidad, la etnicidad y cómo estos discursos toman forma a través del espacio. Desde este tipo de entradas conceptuales se observa que los imaginarios de la ciudad son pensados en función de la población que los habita, por lo que adoptan diversos sentidos: “cuando los individuos racializados rompen estos imaginarios geográficos, son percibidos como fuera de lugar” (p. 67). Este tipo de percepciones hace que la ciudad sea pensada desde lo mestizo, que mira al indígena migrante como un otro extraño, asociando los lugares que este ocupa con espacios de promiscuidad, suciedad e inhóspitos. De este modo se crean relaciones asimétricas con la población indígena, excluida del espacio público que es pensado desde el discurso del higienismo y el ordenamiento. De este modo, no sólo las calles sino los mismos mercados y las plazas son construidos como lugares que requieren ser limpios y ordenados, de acuerdo a una nueva definición de los espacios públicos, que incluye su utilización y acceso.

Otro elemento que configura las percepciones sobre la mendicidad es la idea de conta-

gio, tal como el contagio de una enfermedad. Haciendo uso del concepto de “racismo higiénico”¹, empleado por Colloredo-Mansfeld, Swanson muestra como los mendigos de Calguasig son estigmatizados con un doble rasero simbólico, son mendigos ‘sucios’ y son mendigos ‘indios’, de ahí que “los indios son todos sucios, todos los mendigos sucios son indios” (p. 91).

Por otro lado, el trabajo de Swanson devela como la población indígena que ha migrado a la ciudad se ve en la necesidad de negociar constantemente su identidad dentro de este espacio. La autora hace especial énfasis en la juventud indígena por estar situada en medio de una serie de influencias conflictivas, con experiencias que difieren de aquellas de las generaciones pasadas, ya sea por la educación formal que reciben, la migración a temprana edad, el trabajo urbano, los medios de comunicación, la televisión, entre otros. La integración cada vez mayor de los niños indígenas a la esfera urbana está inmersa en una constante exclusión y relaciones de poder que legitiman y naturalizan la separación social y espacial dentro de la ciudad; a lo que contribuyen los discursos de ordenamiento urbano que intentan proyectar una imagen saneada y ‘blanqueada’ de la ciudad.

La autora, asimismo, procura revelar la conexión existente entre los discursos paternalistas –generalmente de raigambre colonial– y de protección a la infancia respecto de los dispositivos políticos creados por la sociedad dominante para expulsar del espacio público urbano a los trabajadores informales, migrantes, vendedores ambulantes y mendigos. Sin embargo Swanson, cree avizorar en las disposiciones prácticas y en los códigos con los que tanto mujeres como niños indígenas performan su papel de mendigos, una transgresión del código simbólico dominante en los Andes en lo referente a la raza y el género.

1 Por racismo higiénico se entiende la postulación según la cual existe una población blanca normal, limpia y saludable y una población nativa sucia y débil.

La irrupción de las mujeres indígenas en el espacio urbano para desarrollar labores de venta callejera o mendicidad rompería tanto el rol tradicionalmente delegado a estas mujeres: cuidar los campos, la familia, si acaso salir a la ciudad solamente en los días de mercado, que corresponde al imaginario racializado de las ciudades ocupadas exclusivamente por blanco mestizos. En el caso de los niños indígenas, si bien la calle es un espacio en el que son efectivamente vulnerables a determinados riesgos, ante todo experimentan el espacio urbano como un territorio del que se apropian tempranamente. Esto en coexistencia con sistemas de cuidado parental dentro de familias ampliadas y donde sus actividades tienen menores restricciones espacio-temporales que la de la mayoría de sus pares blanco-mestizos.

Sin embargo, en la proyección del imaginario dominante se observa a la calle como un espacio lleno de peligros y como el lugar para el abuso infantil²: ‘la calle’ es considerada un espacio que potencialmente “los formará como criminales” (p. 195). La asociación de la calle con riesgos, drogas, abusos y circunstancias riesgosas tiende a actuar como un legitimador para las estrategias de ‘limpieza’ de informales y mendigos de los espacios públicos. Estas percepciones junto con el discurso de paternidad/ maternidad negligente y la infantilización de la población indígena construyen el imaginario supuesto de que los niños se encuentran desamparados y requieren de instituciones para mantenerse lejos de los peligros y las calles.

En el límite, las medidas represivas son justificadas cuando los propios padres son tratados como sospechosos de ‘explotar’ a los menores. De este modo se arroja sobre la mendicidad un velo de ilegalidad, considerándola un fenómeno moralmente degradante, lo que

2 De acuerdo al trabajo de Valentine (1996), citado por Swanson, los niños son mucho más vulnerables al abuso en el espacio de los hogares que en las calles, para la autora esto constituye una aversión del discurso dominante a la evidencia (p. 197).

facilita la adopción de medidas represivas para controlar dicha actividad. Al radicalizar la sospecha sobre la mendicidad deliberada o fingida, se construye un dispositivo que justifica que las mujeres indígenas sean removidas de las calles. Tal como afirma Swanson: dentro de este discurso “el que realmente las mujeres sean desvalidas es irrelevante, removerlas del espacio público es lo que importa” (p. 198).

Así, un aporte importante de este estudio es el análisis de las políticas de exclusión producidas en centros urbanos como los de Quito y Guayaquil. Examina esta exclusión a la luz de los imaginarios de la ciudad como espacio que debiera ser ‘saneado’ de modo que permita el afloramiento de la actividad turística, a la que contribuye la regeneración paisajística de la misma. La autora hace énfasis en la persistencia de estos imaginarios de ciudades ‘limpias’ en el espíritu de los proyectos legales de protección a la infancia que han producido una serie de medidas de corte represivo contra esta población.

Para analizar estas dinámicas Swanson muestra cómo la redada contra los mendigos operada por la DINAPEN (Dirección Nacional de la Policía Especializada para Niñas, Niños y Adolescentes) en 1999 –en el contexto de la mayor crisis económica, social y política de la historia republicana del país–, estuvo car-

gada de agresividad y criminalización de la mendicidad. Esto aun cuando en los propósitos oficiales la redada haya tenido un cariz de “advertencia y trabajo social con las familias de los niños” (p. 228). Este acercamiento al tema de la campaña para la erradicación de la mendicidad infantil, permite visibilizar las acciones del estado, que muchas veces se desdibujan entre formas de control y policía y formas de atención a la niñez. De igual manera permite ver cómo el discurso sobre la mendicidad creado desde las instituciones es interiorizado por la población en general. A partir de este discurso se crea un tipo de relación de sospecha y recelo frente a la población indígena y a los lugares de la ciudad que son ocupados por esta población migrante.

Los análisis realizados por Swanson en este trabajo constituyen un aporte para entender la complejidad y variedad de factores implícitos en el tema de la migración de poblaciones indígenas a la ciudad; mostrando, además, las formas en que esta población aprehende a vivir la ciudad desde sus experiencias cotidianas, bajo la inspección y el celo de los discursos institucionales de administración de la ciudad.

Erika Bedón
Magíster en Antropología
por FLACSO-Ecuador